

—¿Por qué lloras, tía Susana?—preguntó casi asustado de aquel arranque de cariño.

—Es de alegría, ángel mío, es porque te quiero mucho... Me pedíais razones, —añadió volviéndose á Luis; —¿necesito más que esta?

Charens no respondió más que por una vaga y triste sonrisa.

Clementina, que acababa de entrar de la calle con su hijo, no tardó en presentarse en el salón. Con una mirada abrazó toda la escena, y comprendió, en la actitud de Luis, que Susana había cumplido su palabra.

Esta, por otra parte, tuvo buen cuidado de recordárselo diez minutos después, cuando se hallaron solos.

—Debes estar satisfecha, —le dijo. —¿Puedo partir y llevarme á Jorge?

—Sí, —contestó Clementina.

Al día siguiente, al amanecer, Susana salía casi furtivamente de la casa con Jorge, y se hacía conducir á la estación del ferrocarril de Lyon.

## XXI

Clementina, al ver alejarse el carruaje, tuvo un estremecimiento de alegría y de triunfo.

Había logrado desembarazarse de su rival, y

separarla de allí para siempre. Y ahora se quedaba sola con Luis, libre como antes de su matrimonio, en todo el esplendor de su belleza.

Llena de confianza se puso á observarle y esperó.

Toda la mañana pasó sin que Luis pareciese sospechar la partida de Susana; pero por la tarde lo supo, sin duda, porque ella le vió atravesar el patio con aire sombrío y agitado. Un instante después solicitaba hablarla.

Clementina presentía una escena de recriminaciones y se disponía á sostenerla resueltamente.

—¿Es verdad lo que acaban de decirme?—preguntó en cuanto entró. —¿Susana se ha marchado esta mañana con Jorge?

—Sí, es verdad; me véis aún bastante afligida...

—¡Afligida!... ¡ya!

—¡Tened la bondad, señor de Charens, de creer que no he visto sin pena que mi hijo se separaba de mí!

—Me parece, sin embargo, que teníais derecho para impedir que se fuese.

—En efecto; pero Susana le quiere con extremo. Quiso absolutamente llevarlo con ella, tenerlo á su lado, y me he visto obligada á consentir en ello.

—¿Y debe durar mucho tiempo su ausencia?

—No lo sé.

—¿Pero al menos sabréis á dónde se ha retirado la señorita Maudhuy?

—Por supuesto. Mi complacencia no va hasta el extremo de querer privarme de ver á mi hijo.

—¿Podéis indicarme su nueva morada?

—He prometido no revelarla á nadie.

—¿Ni aun á mí?

—Ni aun á vos.

—¡Ah!... Pues bien, señora, ¿queréis que os diga francamente lo que pienso de todo esto?

—Decid.

—Susana no ha salido voluntariamente de esta casa; ha sido arrojada de ella por vos.

—¿De veras? Y al mismo tiempo habré arrojado de la casa paterna á mi hijo.

—¡Oh! ¿Sé yo acaso exactamente lo que ha pasado entre vosotras? ¿Qué presión habéis ejercido sobre ella?... Mas no tardaré en saberlo.

—Está bien—dijo Clementina levantándose.—Guardad la bella opinión que de mí tenéis, porque creo que no contaréis que me rebaje á justificarme.

Y saludando fríamente, salió del salón.

Luis corrió á Villanueva, creyendo encontrar allí á Susana; pero el jardinero que guar-

daba la quinta no supo ni aun lo que quería decir.

Volvió á París, inquieto y el corazón oprimido... Durante un mes se entregó á las más activas pesquisas, pero sin ningún resultado. Cansado de disgustos, tuvo que transigir con Clementina.

Esta había observado todos sus pasos y esperaba ansiosamente volviese á su centro. Le recibió con calmada é ingénuo sonrisa.

La liquidación que se terminaba entonces en el estudio del Notario, era, como de costumbre, el pretexto de aquella visita. Clementina escuchó las explicaciones que él la dió, aprobó todo, y cuando terminó, viéndole cuidadoso y preocupado, le preguntó:

—¿Tenéis alguna otra cosa que comunicarme?

—No, nada; solo que vacilaba en haceros una pregunta.

—¡Que vaciláis!

—Sí, porque ya os habéis negado á responder á ella.

—¿Qué es, pues?

—Bien lo sabéis. Os he preguntado por qué Susana había partido, y dónde se había refugiado; pero el modo con que os lo pregunté no era de lo más político; he estado un poco vivo, un poco brusco, lo confieso...

—¡Ah! ¡y creéis que yo me haya ofendido!— dijo ella interrumpiéndole;—no, concibo perfectamente vuestro arrebato, vuestras sospechas, y las excuso. Además, yo tuve la culpa.

—¿Vos?

—Sí. Es evidente que hay una mala inteligencia entre nosotros. Yo hubiera podido y debido hacerla cesar más pronto; pero hay cosas tan difíciles de decir... y luego que yo pensaba que vos mismo notaríais...

Y pareció vacilar.

—¿Notaría... qué?—preguntó Luis sorprendido de aquel manejo.

Clementina se echó á reir con su franca alegría y colocándose delante de él:

—Vamos, señor de Charens, miradme bien— dijo,—¡no encontráis nada cambiado en mí!

—No, ciertamente.

—¡Cómo! ¿Nada... nada?

—No; pero ¿qué significa?...

—Sois un niño grande. ¡Vamos, sentáos aquí á mi lado—dijo, atrayéndolo hacia el diván,—y hablemos á corazón abierto, como dos buenos amigos!... ¡Oh! en cuanto á vuestra amistad, no quiero perderla, y á Dios gracias no tenemos por qué reñir.

Luis la miraba con sorpresa. Ella prosiguió jovialmente.

—No era muy galante, por vuestra parte, la suposición de que hubiera maltratado á Susana, que la hubiera arrojado de aquí... á ella, á mi cuñada, mi antigua compañera de colegio; y más cuando debo mi fortuna al hermano á quien ella adoraba... Y sin embargo, preciso es confesarlo, hace un año hubiera sido capaz de eso y mucho más.

¡Pobre Susana!... ¡Cuánto la he maldecido por haber tenido la audacia de amarnos y de hacerse amar de vos!... ¿Qué no hubiera dado entonces por?... Pero dejemos á un lado esas locas ideas, que me pasaron entonces por la cabeza y que ahora me ruborizo de haberlas tenido.

Y sin embargo, ¿qué ha pasado? Nada absolutamente. El tiempo ha seguido su marcha, eso es todo; los sentimientos se modifican; el punto de vista cambia, y al cabo de algunos meses se sorprende uno de no experimentar más que una especie de compasión por cosas que en otros días causaban un completo trastorno.

Nada había que responder á este aforismo. Clementina continuó:

—Es como la escena que pasó aquí mismo, en este salón... ¿No recordáis? ¡Qué exaltada estaba yo! Acababa de saber el indigno engaño que nos había separado; sólo respiraba cólera y

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO R. 123"  
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

venganza. ¡Ah! ¡no importa! ¡os he amado mucho!—terminó con un suspiro.

Luis se conmovió á este recuerdo.

—Y ahora...

—Y ahora, amigo mío, podéis amar á Susana, casaros con ella sin que yo sienta el menor asomo de celos. Por eso, el tono feroz que habéis tomado conmigo el otro día, me pareció tan extraordinario... al pronto me ofendí, pero luego me sonreí, pensando que vos os creíais aún en un tiempo bien diferente de éste, y que, según toda apariencia, no volverá.

—Y si es así, ¿por qué ese misterio á propósito de Susana?

—Ella es quien lo ha querido, bien lo sabéis.

—¡Eso es inexplicable!

—No lo veo yo así. No puede ser más que una simple coquetería.

—No, no, no es eso; ¡estoy seguro!

—¿Entonces, qué?... Sería, pues, preciso suponer que es un motivo contrario... que obligada á cumplir la palabra que os ha dado, Susana vacila, quiere eludir su compromiso... que no os ama, en una palabra.

¡Ay! ¡amigo mío!... ¡Todo es posible en el amor! ¿Quién me hubiera dicho á mi hace un año, que hablaría tranquilamente con vos, teniendoos á mi lado, estando solos, entregados

á nosotros mismos como estamos?... Una sola palabra basta para explicar este cambio: *¡somos libres!*

Suprimid los obstáculos, quitad al amor todo su acompañamiento de sospechas, de traiciones, de resentimientos, y se desvanece por sí solo. Tal vez sea este el caso de Susana; no tiene rival á quien desesperar, á quien vencer, y...

Aquellos supuestos irritaban sordamente á Luis. Si verdaderamente Susana había cesado de amar á Luis, ¿á qué conducían las protestas hechas la víspera de su partida? ¡Era, pues, un juego, una burla!... A tenerla en su presencia la hubiera abrumado con sus reproches...

Pero su imaginación no tardó en calmarse. Tampoco pasó mucho tiempo sin que dejase de pensar en Susana tanto como antes; llegó á no hablar de ella sino muy raramente, y parecía resignado á un papel de amante despedido.

En cambio era más asiduo con Clementina, como si la *declaración de amistad* que ella le había hecho hubiera tenido el privilegio de disipar sus prevenciones y sus rencores.

En efecto, ¿qué tenía que temer de ella en lo sucesivo, y cómo no olvidar las faltas que había cometido en un estado de excitación y de sufrimiento, y bajo el imperio de un amor que había desaparecido?

No pensaba ver en ella ya más que lo que parecía ser en realidad: una buena y franca compañera, y lo que siempre vale mucho, aun tratándose de amistad, una mujer adorablemente bella.

## XXII

Pasaron algunas semanas. Clementina había aliviado el luto. Un día obtuvo de Charens que la llevase al teatro de la Opera á un palco de proscenio.

Antes habían comido, una *comida de amigos*, decía Clementina riéndose: ella se mostraba alegre y satisfecha; él reservado al pronto, pero luego comunicativo y jovial.

—¿Voy bien con este traje?—le preguntó ella en el momento de partir, echando una mirada al espejo.

—Estáis encantadora.

—¡Adulador! Vamos, dadme el brazo.

Luis sintió un ligero estremecimiento al sentarse al lado de ella en la banqueta del cupé, y al sentir el roce de su vestido de seda.

Llegado al teatro, una emoción más profunda se apoderó de él cuando la puerta del palco

se cerró tras ellos, y se halló sólo con ella en aquel reducido espacio á donde iban á expirar las luces y los vagos rumores de la sala.

Clementina hizo se colocase á su lado, en la delantera del palco, y pareció prestar toda su atención á la sinfonía, que empezaba en aquel momento.

Luis la contemplaba en silencio; admiraba los vigorosos tonos de la luz tamizada sobre su piel, y el perfil que se recortaba tan puro sobre el oscuro fondo del palco; al mismo tiempo estaban tan cerca uno de otro, que sus alientos se mezclaban, y un sutil y dulce perfume los envolvía; jamás le había parecido tan bella, se sentía completamente enajenado.

—¡Ah! vos también, vos comprendéis la música,—dijo ella volviéndose bruscamente, al fin del primer acto, y sorprendiéndole en cierta especie de éxtasis.

—Sí,—murmuro Luis,—¡admiro todo lo que es bello!

Aquel entusiasmo musical no se desmintió durante los actos siguientes. Tuvo un momento en que Clementina, tropezando con la mano de Luis, se la estrechó vivamente, respondiendo él á esta presión y conservando en la suya aquella delicada mano, cuya agitación y calor sentía á través del guante.

Vueltos á la calle de Enghien, Luis la acompañó hasta su habitación.

—Debemos separarnos aquí—dijo Clementina;—ya es tarde y no debemos dar pábulo á la maledicencia. Buenas noches, amigo; dadme el beso de despedida—añadió presentándole su tersa frente.

¿Qué significaba aquello? ¿Era natural y verdadero? ¿ó bien se entregaba á una coquetería refinada?... ¿Pretendería tal vez despertar su dormida pasión, y cuando lo viese rendido á sus pies, burlarse de él?

Luis no sabía qué pensar; pero, aunque bajo el peso de las emociones de aquella noche, comprendió que era un juego peligroso, y se prometió dejar de verla, al menos durante algunos días.

Al día siguiente había olvidado su propósito y se presentaba en la habitación de Clementina. Le recibió tan afectuosamente como la víspera, y se puso á hablar de cosas indiferentes, de la estación ya avanzada, del campo, que debía estar magnífico...

¿Por qué no iría á pasar una temporada en Villanueva? Ya había pensado en ello; pero temía volver sola á aquella casa llena de tan tristes recuerdos.

—Venid á pasar al menos un día conmigo—

le dijo;— me ayudaréis á soportar la primera impresión.

Días después llegaron juntos á Villanueva.

El jardín y el parque eran encantadores; pero aquella casa inhabitada, con sus puertas y ventanas cerradas, tenía el aspecto lúgubre y glacial. Los dos se sintieron muy impresionados; Luis, sobre todo, á quien se le presentaba vivo el recuerdo de Maudhuy y de Susana.

Seguía andando por los paseos del jardín con la cabeza baja y sin decir palabra.

Clementina, que adivinaba sus pensamientos, no trató de distraerle de ellos; juzgó más hábil conformarse á ellos.

—Aquí es donde venía á sentarse—dijo suspirando, al indicar el cenador bajo el que se instalaba Maudhuy habitualmente.

Y añadió algunas palabras sobre la bondad inalterable del difunto, sobre sus largos sufrimientos... Luis la cogió una mano agradeciéndola por haber traducido tan acertadamente sus sentimientos.

—Y aquí es—continuó ella un instante después al entrar en el salón,—en esta misma pieza donde ha dictado, algunas horas antes de su muerte, las condiciones de vuestro matrimonio, creyendo asegurar así vuestra felicidad y la de Susana.

A este recuerdo, Luis frunció las cejas haciendo un gesto de impaciencia, y como ella se sorprendiera, dejó escapar algunas amargas y desdenosas palabras contra Susana.

—Hacéis mal, amigo mío—le dijo;—Susana es más sincera y mejor de lo que vos pensáis. He reflexionado mucho sobre su conducta, y ahora me la explico perfectamente.

Según Clementina, Susana á nadie había amado realmente más que á su hermano; por su afección, porque él así lo quería, se dejó prometer á Charens... Su muerte la había aterrado; entonces toda su afección se había concentrado en un sobrino, del que jamás quería separarse.

Luis la interrumpió.

—¡Eh! ¿á mí qué me importa?—dijo.—Dejemos eso, os lo ruego.

Para distraerse se puso á ayudar á desembalar algunas cajas expedidas de París, y que acababan de traer de la estación.

—Es una verdadera instalación,—dijo.

—No enteramente; pero he procurado proveerme de algunos medios de distracción, libros, música...

—¿Contáis permanecer aquí mucho tiempo?

—Depende de las circunstancias... si no me aburro pronto... ¿De qué os reis?—añadió vien-

do en los labios de Luis una irónica sonrisa.

—Estoy pensando—respondió Charens—en esa grande amistad que nos hemos jurado... y vuestro primer cuidado es de alejaros de mí sin motivo.

—¡Vaya una idea! ¿Es posible que interpreteis así mi fantasía?

La ociosidad, la bella estación, aquella quinta inhabitada la habían decidido. ¿Estarían tan lejanos uno de otro? ¿No iría él á verla cuando bien le pareciera? Además, por poco que se viera contrariada, nada le costaría regresar á París...

—No, no—contestó Luis;—olvidad lo que os he dicho; lo dije por decir.

Se excusó de ello atribuyendo á un malestar nervioso que padecía de cuando en cuando; y haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, volvió á ser lo que era habitualmente: bueno, obsequioso, lleno de atenciones.

El día se pasó en esos pequeños cuidados de arreglo, paseos por el Parque, conversaciones familiares. En el momento de partir, Luis la compadeció de aquella soledad en que la dejaba.

—¡Y es esta la existencia que os esperaba!—exclamó—¡la que habíamos soñado!...

Su mirada era animada, su voz conmovida. Una sola palabra sería suficiente para que ca-

yera de rodillas; pero aquella palabra no debía ser pronunciada aún.

Clementina tomó aire de gazmoña y le reprochó aquello reminiscencia, contraría á sus convicciones, pero dulcemente y de manera de dejarle esperar que no sería tan inflexible con el tiempo.

Luis volvió al día siguiente y los sucesivos, mostrándose cada vez más apasionado, más ardiente, al paso que Clementina se iba ablandando por grados.

En una palabra, ambos se encaminaban hacia el instante previsto en que ella confesaría que aquella reciente amistad no era más que la continuación de su antiguo amor.

Pero el mismo día que había señalado para esta confesión, le vió llegar con el semblante sombrío y algo descompuesto.

Le preguntó lo que tenía.

—Me veo obligado—contestó—á separarme de vos por algunos días.

—¿Váis á hacer algún viaje?

—Sí; una carta urgente de Clamecy reclama mi presencia inmediata.

Clementina se estremeció, Clamecy se hallaba á corta distancia de Ronchèes... en donde estaba Susana. ¿Conocería Luis su retiro? ¿Lo sospecharía tal vez? ¿Qué sucedería si viera á

Susana? Todas estas preguntas cruzaron por su espíritu á la vez; pero, aunque devorada por la angustia, supo permanecer tranquila en la apariencia.

Hizo que Luis se explicase sobre aquel intempestivo viaje, y pronto adquirió la convicción de que no había en él segunda intención y que se trataba, en efecto, de negocios particulares. Pero el peligro resultante de aquella veindad continuaba de la misma manera; era menester que ella se hallase presente allí para conjurarle, caso de necesidad.

Después de haber hablado de otras cosas, de repente exclamó:

—¡Ah! ¿Vais á Clamecy? También yo tengo allí mis afecciones, á mi padre, mi tía, y de buena gana iría á verlos.

—¿Consentiríais en acompañarme? — preguntó Luis alegremente:

—¿Y por qué no?... Me sorprende que no me lo hayáis propuesto.

—A la verdad, no me atrevía.

—Sois demasiado tímido; pero yo, más atrevida, os ruego tengáis á bier llevarme con vos.

Quedó convenido en que Luis volvería á París aquella noche para partir al siguiente día, y que Clementina le esperaría en la estación de Villanueva.



## XXIII

La quinta de Ronchèes, de que tanto se preocupaba Clementina, estaba situada á pocas leguas de Clamecy, en medio de la ancha meseta que se extiende desde las orillas del Yonne hasta los bosques de Mont-le-Duc.

Está separada del ferrocarril por el río y el canal del Nivernés. Para ir allí en carruaje, desde la estación más próxima, es preciso subir hasta Coulanges, atravesar el valle por el antiguo camino, descender a lo largo del canal, y á un kilómetro de Lucy tomar á la derecha un camino escarpado que sube con bastante pendiente por la ladera.

Para los transeuntes que van á pie existe un trayecto más corto y más accidentado, y que importa describir minuciosamente.

En lugar de subir hacia Coulanges, se retrocede en dirección de Chatel-Censoir. Pronto se pasa de Grain, luego la granja de Mysery, y se apercibe á la izquierda el campanario de Saint-Marien. Un camino vecinal que parte de este pueblo, corta la vía ferrea un paso de ni-

vel, y se prolonga oblicuamente á través de la pradera; siguiendo este camino, se llega en pocos minutos á la orilla del Yonne, delante de un pequeño puerto sombreado de grandes álamos y lleno de maderas de construcción; veinte pasos más abajo el sordo y continuo ruido de un salto de agua, indica el paso de Saint-Marien ó de Ronchèes, como allí le llaman.

Todo el mundo sabe en qué consiste esta especie de palizadas, establecidas de distancia en distancia para facilitar la navegación durante las aguas bajas.

Dos enormes macizos de piedra, llamados pilas, se hallan edificadas frente á frente en los ribazos opuestos, y no dejan entre ellos más espacio que el necesario para el paso de un tren ó balsa de madera.

Cuando se trata de llenar el pozo de la esclusa, un poste montado sobre un eje en la cabeza de una de las pilas se hace girar y se coloca transversalmente sobre la pila opuesta; es lo que se llama barra de paso, y forma una especie de puente estrecho, al cual se adapta una grosera baranda de madera.

El canal se cierra en seguida por medio de largas agujas de encina, unidas unas á otras y apoyadas en el zampeado en la parte inferior y en la barra en la superior. En caso de avenida

ó crecida de aguas extraordinaria, el reboso del pozo de la exclusiva se derrama por encima de las pilas, que son á propósito unos cincuenta centímetros menos elevadas que la cima del ribazo; algunas veces, á consecuencia de una tormenta ó nublado, se quitan algunas agujas del canal. Estos desbordes intermitentes interrumpirían la circulación, si cada pila no estuviese provista de unos prismas de piedra, sosteniendo grandes tablonos por medio de los cuales se puede llegar á la barra desde cualquiera de las orillas.

El espacio, bastante estrecho en aquel sitio, y que separa el río del canal, está plantado de álamos y sauces, entre los que serpentea un sendero abierto por los barqueros y que termina en una de las exclusas del canal.

Un pontón, adaptado lateralmente á las puertas de hierro de esta exclusiva, permite pasar al ribazo opuesto; más allá del camino de sirga, sigue serpenteando el sendero hasta que se une al camino de Ronchèes.

Desde allí se abraza con la vista toda la meseta, cuyo aspecto es bastante miserable.

Aquí y allí algunos pequeños trozos de viña producen un vinillo flojo y algo agrio, pero en casi toda ella, gruesas peñas á flor de tierra hacen imposible toda cultura, y la raquitica

hierba que nace en las partes roturadas, sólo sirve de pasto á las ovejas.

Mas lejos, algunos bosquecillos esparcidos en la llanura aparecen como puestos de avanzada de los grandes bosques que se pierden en el horizonte.

En uno de estos bosquecillos, agregado por Maudhuy á su propiedad á título de parque, y en el fondo de una estrecha garganta, se encuentra la granja, ó más bien el caserío de Ronchèes, porque además de la quinta hay allí cuatro ó cinco casas de cultivadores alrededor de un pequeño manantial.

Estas habitaciones son de la más rústica sencillez. La de Maudhuy no es mucho más elegante que las de sus vecinos; se distingue solamente de ellas por algunos ensayos de apropiación que habían empezado en otro tiempo y que habían interrumpido otros cuidados de más importancia.

Puede parecer extraordinario que hubiera pensado en instalar una quinta de recreo en semejante sitio; pero había nacido allí y de allí había salido una mañana con su joven hermana, con un equipaje bastante exiguo: recuerdos todos que le hacían queridos y estimados aquellos parajes, insoportables á los demás.

Sin duda un sentimiento análogo había he-

cho escoger á Susana este triste lugar de destierro. Se había establecido con su sobrino en el modesto edificio contiguo á la morada de los colonos, y por consecuencia de esta proximidad, su vida era un poco común entre ellos; pero esto no la desagradaba, porque todas aquellas buenas gentes la trataban con mucha consideración y afecto.

La habían acogido como á una hija del país, con extrema alegría; pero muy pronto se entristecieron al ver su airesombrío y abatido.

Incapaces de imaginar otros motivos de fortuna, suponían que la prosperidad de Maudhuy se había extinguido con él, y que embarazosos asuntos, tal vez la miseria, obligaban á su *señorita* á refugiarse en Ronchèes, y le compadecían en el fondo de su corazón.

En el principio, abismada en su dolor, apenas notaba aquellas afectuosas deferencias.

Pasada la embriaguez de la lucha, comprendía la extensión de su sacrificio, y no se sentía con valor para cumplirlo.

Poco á poco las caricias de Jorge y la amarga satisfacción del deber cumplido amortiguaron en ella la rebelión de una pasión ahogada; luego vino la religion á completar aquella obra de quietud y de paz.

Su piedad, simple y tibia hasta entonces, se

había inflamado en medio de aquellas sacudidas. Pronto entrevió, en una especie de éxtasis, los goces sublimes de su sacrificio, y toda su ambición fue de merecerlos.

Desde aquel momento comprimió implacablemente sus padecimientos, y los que á su pesar renacían se fundían en la práctica de una rigurosa devoción.

El cura de Saint Marien, á cuya feligresía pertenecían Ronchèes, tuvo que moderar varias veces su fervor. El excelente anciano, para mantener á su penitente en una vía de resignación cristiana sin exageración, la hizo comprender que no estaba desheredada de todo porvenir y le mostró en el cariño y reconocimiento de Jorge una compensación casi equivalente á la felicidad que había perdido.

Susana se dejó persuadir á causa de Jorge. Su amor aumentó á ser posible; fue una especie de adoración que el niño justificaba por su belleza, por su gracia, por su carácter dulce y amante.

Se hizo su institutriz; porque la inteligencia del niño se desarrollaba y era indispensable cultivarla. Sus progresos fueron tan rápidos, que bien pronto ella se inquietó pensando en el día en que no bastase y en que quisieran separarle de ella. Pero el cura de Saint-Marien la

tranquilizó, prometiéndola llevar lo más adelante posible los estudios del querido niño. Se ofreció á darle lecciones, y ella aceptó con reconocimiento.

Todas las tardes, á menos que no hiciese mal tiempo, salía con él de Ronchès y le conducía al presbiterio de Saint-Marien, donde permanecían hasta el anochecer.

Así pasaron los días... y Susana sostenida por aquella afección maternal, por el recuerdo de su hermano, por el testimonio de su conciencia y los socorros de una religión inteligente, no pedía al mundo que había abandonado más que una cosa, el olvido.

## XXIV

Pero Clementina no la olvidaba.

La sospecha de que ella se había apoderado al anuncio del viaje de Clarens, y que la había impulsado á acompañarle, persistía cada vez más tenaz.

Durante el trayecto, sola con él, le observaba secretamente, pero sin poder sorprender en su rostro ninguna preocupación; seguía siempre natural, alegre, festivo.

Sin embargo, redobló su atención cuando pasaron de la estación de Chatel-Censoir.

—Pronto llegaremos,—dijo ella.

—¿Ya?

Este monosílabo mereció una sonrisa.

Clementina añadió:

—Estamos cerca de Ronchès.

—¡Ah! ¿y dónde es eso?

—Allá abajo, detrás de aquellos árboles; acabamos de cortar el camino que conduce al caserío.

Esto no pareció interesarle. Se puso á hablar de otra cosa, y ella se tranquilizó por completo.

Un cuarto de hora después se apeaban en la estación de Clamecey y se dirigían al barrio de Beuvron.

Luz, al verlos, se estremeció de sorpresa y de alegría. A pesar de la presencia de Luis, saltó al cuello de su sobrina, á la que estrechó en sus brazos apasionadamente; luego llegó su turno á las preguntas.

¿Qué novedad era aquella? ¿Por qué no la habían avisado?

Clementina la explicó que se había aprovechado de un viaje de Clarens para ciertos negocios y que terminados que fuesen, lo que tendría lugar en dos ó tres días, regresarían á París.

—¿No quieres estar mucho tiempo á mi lado?—dijo la vieja solterona;—no importa, me has hecho muy feliz con tu venida.

Ofreció su hospitalidad á Luis, cuya casa debía estar muy mal cuidada por el anciano criado, casi enfermo, de su madre; pero él rehusó bajo diversos pretextos; todo lo que pudo obtener, fue que iría á comer con ella.

En cuanto salió, Luz cogió á su sobrina por ambas manos, y mirándola cara á cara, con los ojos brillantes de alegría,

—¿Es, pues, verdad?—la preguntó.

—¿Qué? ¿Qué es lo que es verdad?

—Que os habéis reconciliado... que te ama...

Clementina tuvo una vaga sonrisa que se podía tomar por una afirmación.

—¡Ah, bien lo sabía yo! ¡Si las cartas no podían mentir!—exclamó triunfalmente Luz.—Ven, cuéntame todo en detalle.

Y la arrastró al comedor, la sentó á su lado y la confundía á preguntas.

Ignoraba casi todo lo que había pasado después de su salida de París. Clementina, en sus cartas, bastante raras, había evitado lo más posible hablarle de lo que sucedía, un poco por pudor y otro por temor de que la solterona no se presentase, torpe aunque bien intenciona-

da, á inmiscuirse en sus proyectos y á contrariarlos.

En esta ocasión tambien guardó alguna reserva; pero no pudo menos de contarla su lucha con Susana.

La vieja se indignó.

—¿Crearás—añadió Clementina—que en su furor se atrevió á acusarme de haber envenenado á mi marido?

A estas palabras, la cólera de Luz se cambió en estupefacción.

—¡Cómo!—balbuceó;—ha osado...

—Sí, y me amenazó con denunciarme á la Justicia.

—¡Pero eso no es verdad!... ¡Tú eres inocente!

—Nadie lo sabe mejor que tú, puesto que no te separaste de mi lado.

—Ciertamente... Pero, para acusar, se necesitan pruebas.

—Dijo que ella las haría encontrar.

—¿Dónde? ¡Oh! ¡es imposible! ¡no las hay! ¿Y cómo no me lo has advertido?

—¿Para qué?

—Para acudir al momento, para echar sobre mi toda la responsabilidad.

—¡Pero si en ello no hay nada!

—¡Es verdad!... ¡No sé lo que me digo!...

¡Oh! ¡miserable!... Pero, en fin, ella alegraría alguna cosa, indicios...

—¡Qué sé yo! ¡sus presentimientos, algunas palabras pronunciadas por su hermano moribundo! ¡El odio tiene muchos pretextos! Ya podrías presumir que desde aquel momento no la guardé consideración alguna.

Clementina contó la terminación de su lucha con Susana.

La anciana, sómbría, absorta, no la escuchaba con mucha atención. Pero al saber que Susana estaba viviendo retirada en Ronchéés, alzó la cabeza y un relámpago brotó de sus ojos.

—¡Cómo!—exclamó,— ¡en Ronchéés, á dos pasos de aquí! ¿Cómo no me lo has participado?

—¿Para qué?

—La hubiera vigilado y no habría dado un paso sin que yo... ¡Oh! ya la hubiera dicho yo...

—Eso es justamente lo que yo no quería. Está allí, y está bien; te ruego, pues, que la dejes en paz. Demasiado te has mezclado en mis asuntos.

Luz bajó la cabeza bajo el peso de este reproche.

—¡Sí, tienes razón!—dijo,— todo lo hubiera echado á perder con mi genio violento... Pero, en fin, se marchó y tú te quedaste sola con Luis... ¿Y luego?

A Clementina le repugnaba hablar de sus manejos, de sus coqueterías, de sus alternativas de temor y esperanza. Dijo sencillamente á su tía, que Luis se había ido convenciendo poco á poco, y que parecía haber vuelto á su primer amor.

Luz se convenció.

—¡Sí, te ama,—dijo,— lo he conocido en cuanto entró!... ¡Querida Nini, deja que te abrace una y mil veces!

Y alejó á su sobrina para atender á la comida, en la que quería desplegar todo su talento culinario.

Baumet, informado por casualidad de la llegada de su hija, se retiró á su casa más temprano que de costumbre, al mismo tiempo que entraba Luis, á quien había visto ya. Con un tono medio serio y medio burlón, les hizo observar que aquellos viajes á solas podían comprometer á su hija, y podía llegar á pedir una reparación á Charens.

—¡Oh, no os inquietéis por eso!—respondió éste sonriendo.

Clementina, un poco disgustada por las bromas de su padre, las atenuó lo mejor que pudo; pero no logró impedir que bebiese inmoderadamente; así, al fin de la comida, sus ojos se amortiguaron, su cabeza se puso pesada, y se

retiró á su cuarto, bajo pretexto de que tenía que ocuparse muy temprano de urgentes negocios.

—Lo cierto es que la noche está un poco pesada; ¿por qué no bajamos al jardín?—dijo Luz.

En efecto, la noche había cerrado; y al calor del día había sucedido una calma algo sofocante. Los tres se sentaron en un banco. Luz hablaba á diestro y siniestro; los dos jóvenes apenas le contestaban, pensativos y contemplando aquel sitio, tan lleno de recuerdos para ellos.

Pronto conoció Luz que estaba de más, y con pretexto de dar algunas órdenes, entró en la casa.

Su ausencia les dejó en una situación algo embarazosa.

Clementina, para ocultar su turbación, propuso dar algunas vueltas por los paseos. No tardaron en llegar al sitio en que el jardín se hallaba separado del parque por una barda de zarzas y espinos.

Luis se detuvo, y con acento grave y conmovido,

—Clementina,—dijo,—aquí es donde nos despedimos en otra época. ¿No os acordáis?

¡Sí se acordaba!... No pensaba en otra cosa

desde hacía dos días; y era en aquel mismo sitio donde su amor se había roto, donde quería volver á reanudarlo.

—¡Es verdad!—contestó con acento de ingenua sorpresa.

—¿Y esto os es indiferente?—preguntó Luis.

—¿Por qué queráis que sea así?

—En efecto; pero no experimentáis á este recuerdo más que una piedad enternecida. No lo neguéis... ¿No me habéis prohibido que os amase, porque no podríais corresponder á mi amor? No he olvidado vuestras palabras; me han herido el corazón... porque en mí no ha habido cambio alguno; os amo como el día en que nos separamos aquí, en este mismo sitio...

Clementina se sonrió con aire de duda.

—¡Hace ya siete años!—dijo.

—Sí, comprendo; han pasado acontecimientos que parecen desmentirme. Sin embargo, ¿qué hubo en todo esto más que una frialdad afectada por mi parte y el temor de ultrajar á mi bienhechor, á mi amigo?... A Dios gracias, nada tengo que reprocharme respecto á eso...

El amor que creía sentir por Susana y tras el cual se abrigaba mi debilidad, se ha disipado desde el momento en que ningún obstáculo se interponía entre vos y yo... Entonces os hablé... y entonces me rechazásteis... ¡Ah! ce-

semos en este juego, os lo ruego, porque si es una prueba, ¡confesad que es bastante dura!... ¡Es, pues, verdad, Clementina, que no queréis amarme?

La joven no contestó por miedo de que su voz no revelase su emoción.

—¡Pero no!—prosiguió Luis.—¡Es imposible! ¿Qué importa el pasado? Olvidémosle; no ha sido más que un sueño... ¡Me veo aún en la víspera de aquella fatal partida! Me suplicáis que me quede... ¡Imposible! ¡Cedéis, en fin, os fiáis en mis promesas!... ¿No recordáis ya los juramentos cambiados aquí mismo, en una noche semejante á ésta?...

Y hablando así, la rodeaba la cintura con su brazo, haciéndola estremecer al sentir latir su corazón contra el de Charens.

—¡Ah, sí! ¡me amas, me amas!—repetía Luis.

Pero ella se desprendió vivamente de aquel abrazo, y dirigiéndose hacia la casa,

—Entremos,—dijo;—Luz podría inquietarse.

Luz no sentía inquietud alguna; pero al verlos, no pudo menos de notar su turbación, y se sonrió discretamente.

Al día siguiente, á cosa de las nueve, Charens, al pasar por delante de la casa, no pudo

contenerse y entró; quería volver á ver á Clementina y convencerse de que la escena de la víspera era una realidad.

—¿Ha sido verdad? ¿Ha sido un sueño?—le preguntó en voz baja, mientras Luz estaba vuelta de espaldas.

—¡Sí! ¡un sueño ha sido y nada más!—respondió Clementina con acento y sonrisa adorables.

Luis prometió terminar sus asuntos lo antes posible á fin de quedarse libre para consagrarse á ella enteramente; en seguida regresarían á París.

Baumet, á quien se esperaba á las once para almorzar, no apareció hasta las dos y media. Se sentaron á la mesa. Se habló de Luis de Charens.

—No es probable que le veamos esta noche,—dijo Baumet.

—¡Ah! ¿por qué, pues?

—Matías, el de Ronchèes, con quien he estado hablando, debe llevarlo allá en su coche.

Clementina se estremeció.

—¡Cómo! ¿á Ronchèes? ¿va á Ronchèes?

—Así parece... Pero, ¿qué tienes, hija mía?

Clementina se había levantado, pálida, agitada de un temblor nervioso.

Luz se lanzó hacia ella.



—No será nada, mi Nini,—dijo,—tranquilízate, ven conmigo.

—¿Qué quiere decir esto?—murmuró Baumet estupefacto del efecto que acababa de producir.

## XXV

Nada había más sencillo que lo que acababa de pasar.

Matías, propietario en Ronchèes y vecino de Susana, había ido aquel día á Clamecy y había encontrado á Luis en la notaría de M. R... Luis á quien sus negocios llamaban á Lichères, había preguntado á Matías cómo podría ir allá aquella tarde.

—Es mi camino, pasando por Sambert y Mont-le-Duc,—respondió Matías;—si queréis os llevo en mi carricoche; á la fresca podéis volver á pie.

Luis aceptó.

A las tres y media se pusieron en camino.

Durante el trayecto, la conversación versó sobre Ronchèes, Maudhuy y Susana.

Matías, viejo aldeano, gran hablador, después de haber contado sus negocios, se ocupó

de los de sus vecinos; bien entendido que no se olvidó de Susana.

Al oír este nombre, Luis tuvo un momento de sorpresa: ¡era, pues, aquel el retiro que habían rodeado de tanto misterio!... Al mismo tiempo recordó las singularidades de Susana, aquella desaparición súbita é inexplicable.

Estimulado por la curiosidad y tal vez por un resto de interés, resolvió, después de haberse detenido algunos momentos en Lichères, seguir en compañía de Matías hasta Ronchèes; y volvería por la noche en el primer tren ascendente que tomaría en Coulanges.

No había, pues, por parte de Charens, ninguna premeditación en aquella visita á Susana; pero Clementina no vió en ello más que un plan preconcebido y perfectamente combinado.

¿Por qué? ¿Con qué objeto? Sin duda habían continuado sus relaciones, y ¡quién sabe! tal vez aquella escena de la víspera no era más que una infame comedia, de la que ambos se reirían.

Luz combatía estas exageraciones y se acercaba á la verdad atribuyendo aquel viaje al fortuito encuentro de Luis con el viejo Matías.

—¿Qué importa?—le interrumpió Clementina;—no dejarán de verse por eso y hablarán de mí... ¿No sabes ya de lo que ella me acusa?